

Transmisión, o pulsión de muerte en el discurso institucional¹

Jean Guillaumin

La “transmisión” hoy en día, apasiona y enfrenta, a manera de repetición, a un cierto número de psicoanalistas y a grupos de psicoanalistas.

Ahora bien, allí donde aparece la compulsión, la sombra de un bloqueo institucional y la pasión por resolverlo, el analista supone y no sin razón que se trata de una trampa de la pulsión de Muerte, tan astuta para enmascarar detrás de la idealización individual o colectiva la violencia masoquista que la acompaña. Pero cuando, a la pasión y a la compulsión, se agrega abiertamente la idea de aniquilamiento de la institución o de cisma, ya la duda no está permitida. Se trata de una falla que requiere un análisis. Estamos en tiempos de sequía y de escasez psíquica, y fallamos en el reconocimiento de los vínculos entre el pensamiento latente y el pensamiento manifiesto, tanto en el seno de un grupo como en nosotros mismos.

Por esto les propongo una interrogación sobre las dimensiones psíquicas de la *urgencia en transmitir*. Con la palabra urgencia, nombro a una (cualidad) forma de la necesidad o del deseo, más aún, del deseo recortado en el contexto de la necesidad.² Yo no emito (aquí) un juicio de valor con respecto al tiempo, extenso o breve, de

¹ © Revue Française de Psychanalyse. Publicado con el título “Transmettre dit-elle ou du principe de mort dans le discours institutionnel”, en *Revue Française de Psychanalyse* @ PUF, vol. 43, Partie 2, 1979, pp. 261-270.

² O sea despojado de sus contactos con la red de sentido que lo constituye como tal, más allá de los apuntalamientos corporales sobre los cuales se sostiene, para luego desprenderse de los mismos, el proceso psíquico.

duración de las sesiones, ni sobre los porcentajes actuales, excesivos o insuficientes, de analizando que devienen analistas. No porque piense que esos juicios no se deben hacer; es más, creo que resultan necesarios para el control racional de nuestra práctica institucional. Pero no veo de qué manera podríamos evitar en tanto analistas otorgarle *prioridad sin equívocos*, antes de discutir sobre las modalidades de la formación, al examen psicoanalítico de las fuentes pulsionales que obran en nosotros, en nuestros analizantes y en nuestros grupos, en la dinámica de la transmisión. *La urgencia consiste en comprender.*

Es cierto que se vacila en este punto cuando se trata de semejante tema y particularmente cuando se trata de escribir al respecto. Sucede que la finalidad de los trabajos clínicos o teóricos que evocan la transmisión suele ser la descripción del destino y las trampas del deseo de nuestros pacientes de devenir analistas. Por ejemplo, como reivindicación fálica –tardía o precoz; en calidad de identificación anticipada con el analista, como defensa frente a la profundización del propio análisis; como salida más o menos sublimada del inexpugnable anhelo de convertirse en una madre muy buena y omnisciente, y de proyectar la parte mala y pasiva en los pacientes pasibles de ser reparados. Pero es menos frecuente que se requiera, del lado de la contratransferencia, la interpretación de la actitud psíquica del analista frente a la eventualidad de pacientes que elijen la carrera psicoanalítica, y de un modo más general de pacientes que son miembros de la institución.

La escasez de publicaciones sobre la transmisión desde la perspectiva del inconsciente del analista obedece a razones que algunos formulan en el marco de la confidencialidad. Estas razones son por ejemplo la voluntad consciente de no proveer a los analizantes, e incluso a los jóvenes analistas en formación, el alimento de lecturas que podrían poner en duda el equilibrio o la seguridad del analista o de los formadores (docentes). También se aduce el anhelo de dejarle a cada analista la tarea de interrogarse a sí mismo, en su fuero interno, por su posición contratransferencial. Pero estas razones, y otras del mismo género, son desde el punto de vista del análisis, mediocres sino equivocadas. Ellas contradicen en tres puntos por lo menos, aquello que nosotros generalmente consideramos como característico del trabajo psicoanalítico:

1) En efecto, no tenemos porqué temer que nuestros pacientes, al atribuirnos opiniones sobre la transmisión y sobre otros aspectos de

la práctica analítica, o bien preocupándose con respecto a nuestras incertidumbres en la materia, estén haciendo algo diferente a lo que hacen con cualquier otro material (y de manera a menudo más personalizada), cuando nos atribuyen pensamientos que los conciernen directamente y que no hemos expresado de ninguna manera en el contexto de la cura. Los clásicos intentos del analista por alcanzar la realidad (psíquica) del analista sin tener que pasar por un trabajo crítico sobre su propio pensamiento no pueden adquirir un estatuto particular cuando se trata de la transmisión, y evidentemente remiten al mismo procedimiento que todos los otros intentos del mismo tenor. Creer lo contrario sería ya privilegiar de un modo abusivo, de antemano, el dominio profesional como criterio del cumplimiento de la cura, y proyectar conscientemente sin el autocontrol del análisis, nuestro deseo sobre el analista.³

2) De un modo más general, no es deseable tomar precauciones excepcionales por fuera del sillón de analista, para ocultar a nuestros pacientes que estamos investigando y escribiendo acerca del sentido de nuestra actividad como analistas. Al ocultar contribuimos a mantener en nuestros pacientes —y en nosotros mismos— una representación ilusoria de la omnipotencia del analista, la cual conviene dejar de mistificar en la misma cura, logrando este objetivo por el solo efecto del proceso analítico, sin hacer cálculos ni a favor ni en contra, con la sola excepción de observar las reglas del análisis.

3) Finalmente, la fe en la libertad individual ilimitada y en la soledad radical de cada analista frente a su práctica clínica, en cuyo autoanálisis habría que dejar de interferir aunque sea indirectamente por intermedio de publicaciones generales sobre el tema, también remitirían a un mito. Por cierto, el analista en persona debe permanecer como única instancia de evaluación psicoanalítica de su propia posición, en un momento determinado, en la contratransferencia. Y esto quiere decir que él es el único que, en última instancia, podrá determinar si su propia interrogación analítica, eliminadas todas las proyecciones, coincide o no, y hasta qué punto, con las lecturas contratransferenciales que propongan eventuales trabajos, publicados o no. Pero suponer que debemos proteger *a priori* al analista de toda confrontación, aunque sea por propia iniciativa y con su responsabilidad personal involucrada, con los fantasmas y las

³ Vuelvo más adelante sobre el problema del peso del deseo del analista sobre el deseo del paciente.

hipótesis orales o escritas de otros sobre el funcionamiento de los analistas en general, sería atribuirle una asombrosa vulnerabilidad y una dependencia que remitiría quizás una vez más al sueño de la omnipotencia, como si fuese posible o deseable asegurar una impermeabilidad perfecta a los pensamientos del mismo con respecto a su paciente.

Tendríamos que suprimir esta reticencia a realizar una investigación profunda (centrada en el pensamiento latente) acerca de las motivaciones del “transmitir” en el analista y a abrir una discusión sobre los puntos de vista a los cuales pueda conducirnos esa investigación. Ahora estamos en condiciones de abordar directamente la pregunta que formulé al principio: ¿de qué espacio habla el deseo de transmitir?

* * *

En primer lugar, tomaré en cuenta el hecho de que los problemas de la transmisión aparecen permanentemente asociados, en la vida de los círculos psicoanalíticos y también en los escritos, con los problemas de la identidad y la pertenencia institucional. Como si la transmisión sólo fuera una problemática colectiva, o como si el deseo de transmitir no pudiera ser más que el deseo de un grupo. Que este deseo, resumiendo, hablara solamente en el marco de una institución.

¿Pero nos tenemos que asombrar frente a semejante constatación? Una inspección, aún somera, de los mecanismos del grupo y de los procesos sociales, muestra que la forma en que se es reconocido miembro de un grupo (en este caso, la categoría de “analista”, más o menos apuntalada por organizaciones instituidas que controlan el acceso a las mismas) nunca resulta independiente en su origen ni en su devenir de la identidad del grupo, en el sentido de que la misma se articula en el registro simbólico, sin el cual no existe ninguna realidad social ni siquiera humana. Toda sociedad, y entre ellas la analítica, tiende naturalmente a ejercer un dominio sobre los límites de la propia identidad, definiendo y manipulando los criterios de admisión en el seno del grupo.⁴ Y la “reproducción” del

⁴ Las sociedades de analistas, como ya lo hemos notado, están, en la misma medida que otras sociedades, sino en forma más acentuada, sujetas a fenómenos de grupo (ver especialmente M. Gressot en *El reino intermedio*, París, PUF, 1977, “Le Fil rouge”).

grupo, que representa la dimensión temporal del mantenimiento de esta identidad, no puede estar asegurada de otra manera que por medio de la aplicación de estos criterios con respecto a la transmisión, que consisten en una línea sucesoria más o menos compleja, del rol y del status de los mayores con respecto a los menores, de los formadores con respecto a los que se forman, de los “padres” con respecto a los “hijos”. El exceso o la escasez de “hijos” y las inclinaciones propiciadoras, de características selectivas o perversas, sobre la manera de producirlos o de habilitarlos para ingresar en el círculo de los “padres”, son en este sentido cuestiones que hacen a la esencia institucional.

Por lo tanto, podemos formular esta hipótesis con una cuota razonable de verdad: en el deseo, la pasión o el temor de cada uno de nosotros con respecto a la buena o mala transmisión, podemos reconocer la presencia, sino de un movimiento que se hunde en el “inconsciente colectivo”, por lo menos de la existencia de pulsiones que adquieren su forma, su significación y su meta específica a través de nuestra representación de las metas del grupo, ideal o real, al cual pertenecemos y al cual nos referimos. Se trata de alguna manera de una extensión, o de una expansión,⁵ de nuestro Yo individual hacia los otros en quienes se proyecta, y al mismo tiempo de la interiorización más o menos procesada, en sentido inverso, del deseo del grupo, del cual nos retorna nuestro propio deseo modificado, ya sea mezclado, intrincado, o reducido al deseo de los otros.

De esta manera el deseo de transmitir y de formar, con las inquietudes e inclinaciones que le son propias, dan cuenta de algún modo en nosotros mismos del origen parcialmente extranjero de nuestras propias intenciones, y vivenciamos estas intenciones, consciente o inconscientemente, como relacionadas, impuestas, moduladas, por identificaciones grupales. En consecuencia, termina siendo un problema importante el hecho de saber que podemos soportar esta suerte de alienación parcial, y también la ambivalencia que puede suscitar el recubrimiento mutuo que esta alienación expresa, entre nosotros y los otros en calidad de grupo, especialmente en carácter de grupo de afiliación a nuestros propios maestros, y a menudo, a nuestro analista.

De allí derivan quizás una serie de actitudes que tienden a negociar el lazo con la institución, actitudes que se aplican gustosa-

⁵ Ver Freud, 1921, 1923.

mente a la transmisión como fenómeno institucional. Estas actitudes pueden ser, en grados diversos, investidas defensivamente, y tienden a apartar nuestro juicio de una apreciación más imparcial y realista de la situación. Aquello ocurre por ejemplo con la actitud de evidencia: según algunos, sería considerado como intrínseco a lo humano la necesidad de transmitir. Acepto el fenómeno de la transmisión, pero no estoy seguro con respecto al hecho de que la necesidad de transmitir sea considerada como “dada en sí misma”. La evidencia resulta ser a menudo aquello que proyectamos fuera de nosotros como realidad absoluta, por temor a tener que vivenciarla y evaluarla en el interior de nosotros mismos como objeto de un anhelo ambivalente. Ocurre lo mismo con la exigencia imperiosa de una “justicia” absoluta en la transmisión, ya que las diferencias circunstanciales y las desigualdades casuales, a veces inevitables, son vivenciadas como propiciando la confusión o siendo dolorosas.⁶ Es que, desde este punto de vista, no podemos sospechar de nosotros mismos como siendo arbitrarios, en calidad de miembros del grupo: tenemos que permanecer inocentes frente a nuestros propios ojos y frente a los ojos de los otros —nuestros sucesores— con respecto a la posibilidad de una usurpación, la que, conjuntamente con la dependencia grupal, puede ser vivenciada, en función de nuestra propia historia, como una sumisión interna frente a un compromiso intolerable. Asimismo, el procedimiento anterior aparece también, a la inversa, con el deseo de no interferir en las prácticas de transmisión existentes, por temor a que la interferencia pueda despertar en nosotros y en los otros un sentimiento de falta de legitimidad intrínseca por la parte nuestra identificada con nuestro analista, nuestros mayores, nuestro grupo, y así sucesivamente... Y finalmente, aquello resulta válido con respecto a una forma aséptica de la relación de transmisión, concebida como totalmente ajena a la interferencia de una institución que se quiera reducir al simple papel de un agente instrumental de un estado de cosas, o bien que se quiera manipular con pinzas, como si fuese una realidad intrínsecamente corrompida; de esta manera, estaría asegurado un alumbramiento

⁶ La preocupación por una mejor “distribución de las oportunidades”, como se dice, en el contexto del interés bien entendido del psicoanálisis y de los futuros pacientes, resulta por cierto mejor procesado; con la condición de que esta preocupación se enriquezca también de un examen analítico de las motivaciones profundas que se tiene al invocar a la misma en cierto momento de su propio devenir.

libre de fecundación, preservado de la intrusión fantasmática de un deseo que funcionaría como tercero, gracias a la esterilización del poder generador propio del polo institucional, instancia tercera...

Es dable pensar que cada uno de nosotros en la medida en que renuncia a la creencia de ser sospechado por otros o a entablar una lucha con ellos en defensa de su propia inocencia, descubrirá en sí mismo, con mayor o menor dificultad, una u otra posición defensiva y más probablemente ambas, por lo menos en condición de esbozo. Yo mismo formulo aquí estas opciones porque las experimento en alguna medida. Sabemos perfectamente que nuestras reivindicaciones infantiles de asepsia o de fusión con la buena imagen materna perduran todavía en nosotros de alguna manera y que nuestras relaciones inevitablemente ambiguas con un grupo instituido, el cual simultáneamente estructura nuestra identidad de analista y la limita, están siempre dispuestas a reactivarse y a desencadenar escisiones, movimientos proyectivos e idealizaciones, con la finalidad de salvaguardar en nuestro inconsciente un rincón de ilusión original. De manera tal que no estaríamos obligados a reconocernos necesariamente como destinados a hablar en cierta medida desde otro lugar que el que es propiamente nuestro, tanto en la transmisión como en otras áreas. El posicionamiento genuino (y relativo), aun cuando se es analista —o sobre todo cuando uno es analista— se logra cuando se admite que siempre se está un poco, hablando vulgarmente, “fuera de los propios zapatos”. *Y cuando no se renuncia al mismo tiempo a saber el porqué de esta situación.*

Sin embargo, si el deseo de transmitir remite efectivamente a la existencia en nosotros de un otro lugar, que es el lugar de nuestra institución o de nuestro grupo, en los cuales nuestro deseo se encuentra y se pierde en forma simultánea, no podríamos sostener que el mismo no tenga en nosotros sus primeros fundamentos pulsionales. Algunas de las defensas que examiné anteriormente lo ponían de manifiesto. El deseo de transmitir remite a una alteridad, a un grado de alienación en nosotros mismos, pero proviene de nosotros. En primer lugar, en la medida en que aquello vivenciado en la institución como identificación colectiva provoca la expansión de una dinámica que hunde sus raíces en nuestra historia personal. Y por otro lado, en la medida en que nuestra necesidad o nuestro deseo de un apuntalamiento grupal, por más alienante o persecutorio que podamos vivenciarlo en algunos momentos, proviene también de nosotros. Si este deseo a veces nos resulta útil para desplazar

nuestros problemas y tratarlos a través de una pluralidad que sirve de intermediación, a través de una manera aparentemente desexualizada, no es tanto por el hecho de que el mismo se impone a nosotros a la manera de un tirano que proviene del extranjero, sino porque hemos buscado nosotros mismos la tutela del tirano, para fortificarnos con una identidad que no hubiéramos podido inventar íntegramente sin su presencia.

Conviene pues interrogar también aquello que podemos llamar —por más que no exista un individual puro— las fuentes individuales del deseo de transmisión, o el deseo de transmisión en su aspecto individual.

Podemos admitir, simplificando un poco las cosas, que el pasaje por la identificación colectiva en la institución pone de relieve *una suerte de arquetipo del deseo de transmisión*. En este sentido, el lenguaje convencional que a propósito del psicoanálisis —como también con respecto a cualquier formación pedagógica— se refiere a niños, padres, y al deseo de tener un niño, no tiene que ser rechazado. Con la condición sin embargo de que se admita que la noción de deseo de tener un niño no constituye una explicación mientras el mismo no haya sido explicitado.

El deseo de tener un niño quizá sea necesario al deseo de transmitir, aunque de hecho aparece antes de este último,⁷ lo que la experiencia analítica nos confirma permanentemente. El mismo se manifiesta, en la transferencia, en el psiquismo de nuestros pacientes (y no solamente entre las mujeres) con una alta frecuencia, e incluso, si tenemos en cuenta sus disfraces, de una manera casi general. Este deseo parece remitir a una condensación, yo diría incluso que remite a una densidad pulsional, la cual reúne e integra en un solo objeto todo un conjunto de pulsiones parciales, que se encuentran articuladas al molde natural (apuntalamiento de las pulsiones en el cuerpo) a través de una *Urphantasie*, en la cual lo anal y la experiencia de la procreación y del embarazo sirven de crisol. Semejante densidad

⁷ También se puede considerar, según la metáfora del huevo y la gallina, al deseo de la institución con respecto a la transmisión como habiendo precedido históricamente los deseos individuales a los cuales me refiero. Pero resulta claro que nuestra elección como analistas —que debe convertirse en un postulado de trabajo consciente de sí mismo— consiste en ocuparnos de los problemas al nivel del huevo, para poder entender cómo el huevo se transforma en gallina. Sociólogos, politólogos, y psicólogos especialistas en sociología, llevan a cabo el otro procedimiento, que no debería, en el mismo movimiento del pensamiento, mezclarse con el nuestro.

pulsional—proceso psíquico organizado de antemano y que contiene virtualidades creativas y un poder de “desprendimiento” de las pulsiones básicas— constituye probablemente una respuesta a una vivencia de ambivalencia, llevada a cabo a través de una elaboración tópica particular combinada con una forma de proyección. En primer lugar, se da una separación y un distanciamiento en el interior del Yo de una representación-soporte, núcleo con una pluralidad de significados y con una pluralidad de valencias apto para las descargas pulsionales. La expulsión finaliza el trabajo de separación y de organización interna. El desenlace es positivo si la representación tópica del niño resulta lo suficientemente estable como para ser luego investida en su conjunto de una manera mayoritariamente positiva: fundamentalmente, y en primer lugar, con una parte positiva del Yo que sirva de organizador para una nueva economía que apacigüe a las pulsiones, y luego como espejo y microcosmo del Yo.

Este proceso conformado con virtualidades positivas puede evidentemente ser usado como mecanismo de defensa en la cura. Nuestros pacientes conciben deseos de tener un niño (deseos que pueden llevar a las mujeres a buscar en su vida un verdadero embarazo), sea para defenderse y desprenderse de un recalentamiento transferencial vivenciado como insoportablemente ambivalente, sea para liquidar, en una fase terminal o en una fase posterior a la fase terminal, los elementos ambivalentes residuales, desenlace que puede entonces ser considerado como un resultado positivo. Ahora bien, sabemos que el deseo de ser analista en estos mismos pacientes funciona en el inconsciente como un sustituto del deseo de procrear. Cuando el mismo se produce, no podríamos tratarlo de diferente manera que al resto del material psíquico. No podemos proceder de otro modo que mostrando al paciente los aspectos defensivos del mismo, en la medida exacta en que aparecen dirigidos contra el proceso analítico personal, para poder lograr que evolucionen libremente los aspectos susceptibles de sublimación, toda recompensa (ya que así se corre el riesgo de fomentar un proceso erótico secundario) para algún tipo de elección, teniendo que ser descartada en la medida de lo posible.

Por lo tanto, dejando de lado el deseo del paciente de tener un hijo, si nos colocamos nuevamente del lado del analista, resulta claro, al recorrer la cadena, que el deseo de transmitir, o sea de tener un niño que se pueda investir como un futuro otro de uno mismo, y de verlo involucrarse en la carrera del psicoanálisis, para tener a su vez quizá

otros niños, pacientes e incluso analistas, no puede tener otro origen que las propias densidades pulsionales del analista, sujetas a la resolución de sus ambivalencias secretas. Ya que es imposible evitar la posesión de un inconsciente, ni siquiera voy a poner de manifiesto la cuestión de la legitimidad de esta eventualidad, a partir del momento en que se admite (pero es un postulado, según lo dicho anteriormente con respecto a la “evidencia”) que “resulta necesario” que haya analistas, y que los mismos se renueven. Pienso de todos modos que es importante que, en especial cuando se trata de un analista, el proceso no permanezca inaccesible con respecto a una profunda toma de conciencia, centrada sobre los aspectos defensivos del mismo. En el caso de que no se pueda llevar a cabo esta toma de conciencia, me parece que tendríamos que tener serias dudas sobre la cualidad y los efectos del “deseo de tener un hijo” del analista. Precisamente, resulta que es en este caso que se corre el riesgo de enmascarar la necesidad de idealización con una reparación, y un deseo de dominio proyectado con respecto a un núcleo fuerte de ambivalencia anal, debido a un aspecto no elaborado de la relación transferencial del analista con su propio análisis. En mi opinión, una investidura importante y teñida de susceptibilidad narcisista del deseo “de haber llevado a buen puerto sucesivos análisis”, y de ser reconocido por haber engendrado “analistas”, resulta una señal que debe alertar al mismo analista, e incluso a sus supervisores o consejeros, con respecto a la desviación, negativa para el paciente, de su deseo de analizar.

En este sentido, somos llevados a pensar que para el analista el hecho de invertir fuertemente la idea de que sus pacientes deban, puedan, o vayan a ser analistas, da cuenta del papel que el analista otorga —a veces sin darse cuenta, o bien negando— al sostén institucional. Resulta ser así su propia relación mal elaborada con la institución (en la medida en que la misma representa la identidad anhelada en el pasado durante su análisis personal, para poder defenderse de la propia ambivalencia con respecto al trabajo de interiorización de su analista), la que el analista intenta reparar, a través de una idealización probable, en su paciente. Podría en efecto anhelar un “parentesco” con un analizante que no se convertiría en analista. En la vida en familia, la mayoría de los niños eligen otro camino que el camino de los padres. Por cierto, los padres biológicos tienen, y deben tener, algunos deseos narcisistas con respecto a sus hijos. Pero sabemos que el mejor desenlace consiste en poder

superar esta perspectiva, aunque sea conservando alguna frustración. Por lo tanto, el analista no podría proceder con menos prudencia con respecto a sus analizantes. Debe renunciar – pero en serio y no de la boca para afuera– a anhelar por su intermedio y para sí mismo, el hecho de que su paciente se convierta en analista. Lo que implica instaurar en sí mismo, a través de un trabajo de autoanálisis que resulta a veces difícil, una distancia con su propio deseo, distancia que sin embargo no debe ser efecto de la voluntad porque se convertiría en defensa. Solamente en estas condiciones, el analista podrá trabajar sin selección previa sobre todas las resistencias del paciente, en especial sobre las resistencias que operan por intermedio de la institución, de la carrera y de la identificación con el analista, las que en el contexto actual del psicoanálisis contemporáneo, son de las más temibles.

Llegado a este punto, entendemos porqué el apasionamiento provocado por el debate sobre la inocencia de la transmisión puede llevar a cabo el desplazamiento de tantas cargas. Este debate es susceptible, en relación a la problemática no elaborada por el analista, de constituir una pantalla casi perfecta, ya sea porque el analista, que padece la ausencia de niños reparados-reparadores, tienda en forma abusiva a declarar intocables las modalidades empíricas de transmisión existentes, o porque sienta hacia esas modalidades una hostilidad insuperable. En los dos casos, el riesgo es que su odio inconsciente y la idealización protectora que el mismo suscita, se dirijan esencialmente al objeto, el que sufre un desplazamiento sobre la colectividad y sus prácticas, de las propias introyecciones durante su análisis personal. Evidentemente, no estará en condiciones de salir de esta posición salvo con un trabajo autoanalítico apropiado, el cual a mi criterio debería ser ampliamente facilitado por un examen más serio en el contexto de las mismas instituciones analíticas, y de la problemática inconsciente general de la transmisión; examen que no debe ser secreto de ninguna manera, y al cual he intentado llevar mi contribución.

Sin embargo, es probable que una pequeña –e incluso importante– parte del proceso de idealización negativa o positiva de las modalidades de transmisión seguirán presentes en los deseos de todas las comunidades psicoanalíticas, y en nuestros deseos privados de analistas, entremezclados –como lo puse de manifiesto– con los del grupo como tal, del cual somos también un elemento constituyente. Ya que nunca podremos liquidar totalmente algunos

JEAN GUILLAUMIN

aspectos de esta situación, lo mejor resultará tender constantemente hacia su resolución, sin hacerse ilusiones al respecto. Nuestro camino es entonces, modesta pero firmemente, el de un psicoanálisis que anhele no terminar de interrogarse sobre sus propias motivaciones inconscientes, y no sobre la mala fe de los otros, y que admita, sin someterse a las mismas, sus propias fallas para llevar adelante este proceso, fallas y nuevos comienzos que son constitutivas, adentro nuestro, de un proceso analítico que goza de buena salud. La muerte no es otra cosa que una detención. Y vivir consiste en no dejar que el deseo de detención adquiera el dominio de uno mismo. De esta manera, individuos y grupos, mantendremos más tiempo en jaque, a la pulsión de muerte, y contribuiremos en mayor y mejor medida al trabajo de la vida.

Traducido por Jaques Algasi.

Jean Guillaumin
6 rue Germain
69006 Lyon
Francia